

Alter

Defensa del escepticismo



UANDO Ud., joven, vea a personas honestas y maduras ilustradas, incluso ilustres, opinar simultáneamente sobre el mismo pasaje de la misma obra en forma diametralmente opuesta y con absoluta certidumbre, de modo terminante, no crea que ninguna de ellas se ha vuelto loca ni pierda el equilibrio o el aliento.

Es un fenómeno muy común.

Diría aún que constituye un fenómeno necesario y hasta providencial, porque, gracias a él, cae sobre el mundo esa gran bendición llamada la variedad, el intercambio, el desnivel, sin el cual las aguas se estancarían sobre el planeta y pereceríamos asfixiados en la universal inercia.

Claro, esto no resulta muy favorable a las doctrinas absolutas ni cuadra bien con los temperamentos dogmáticos; es imposible que todas esas personas tengan razón y alguna, sin duda, yerra o miente; cierta corriente sutil de escepticismo se desliza a través de

esa fisura entre los razonamientos y las creencias de cualquier orden, literarias, científicas, filosóficas, religiosas o morales, bambolean perceptiblemente.

Pero ¿por qué temerle tanto al escepticismo, por qué huir de la duda y encarnizarse contra la vacilación?

Ciertos mozos entusiastas y nobilísimos, en cuanto ven asomos de aquello en un autor, cierran los ojos y embisten.

Tranquilidad.

Todo es cuestión de proporción y dosis en la vida. Cierta grado de calor se necesita para vivir, pero suba Ud. el termómetro más de lo normal y se ahoga. O se quema. ¡Qué agradable, entonces, el frío! Sí; pero continúe Ud. cero abajo y la sangre se le paralizará en las venas. La vida humana, la vegetal, la animal, la intelectual es así: un inestable equilibrio, un ir y venir entre dos extremos, igualmente mortales, un moverse entre dos abismos.

El escepticismo, no el filosófico, es decir, el de los pedantes, sino el humano y natural, el de Montaigne, por ejemplo, hombre por excelencia, significa reconocer esa relatividad práctica y estar siempre listo para aceptar los cambios, las diferencias, el que una persona piense de distinta manera que otra el mismo día o el que esa persona, en días distintos, también varíe y sostenga juicios contradictorios.

Ud. dirá que eso no se llama escepticismo sino tolerancia, civilización, amplitud de espíritu. Sí, en efec-

to, así también se llama, pero, antes, se llama escepticismo; porque sólo en caso de que Ud. dude un poco admitirá que otro, su contradictor, pueda estar de buena fe y aun tener la razón. El creyente apasionadamente convencido de que posee la verdad total, ésa fuera de la cual no hay salvación, por una especie de fatal mecanismo se vuelve intolerante, no acepta que le contradigan y, si se adueña del poder, impone su opinión por la fuerza, sofoca, aplasta, extermina al adversario, declarándolo enemigo público. Es el facista, es el comunista, es el creyente de cualquier religión viva, joven.

Para que los habitantes del planeta puedan convivir sin devorarse mutuamente se necesita que la gente dude y, antes de actuar, se pregunte si el otro, el que llaman enemigo, no irá en la buena dirección y si él, al perseguirlo, no estará cometiendo una injusticia.

Se objeta: entonces no puede hacerse nada, eso enerva el resorte, desanima y desorganiza, es anti-humano, anti-vital.

¡La dosis!

Recuerde Ud. la dosis: poco veneno sana; mucho, mata. El escepticismo es un veneno, el más potente, el más sutil, pero es, asimismo, un remedio precioso contra los males del espíritu y los extravíos de la mente. Naturalmente, si Ud. duda por completo de todo, se le caen los brazos y se sienta a la vera del camino o mira pasar en paz las aguas grises del río. Pero la duda completa no es posible, porque la duda

envuelve en sí misma su contra-veneno al hacer dudar de la duda. No es una paradoja, es un sistema compensatorio, como un rebalsadero automático o un flotador que cierra cierta válvula. La duda escéptica está en la naturaleza humana, hasta en la más rústica; constituye la defensa del individuo contra el cerco de ilusiones y engaños que lo rondan desde el nacimiento a la muerte, es el ojo que traspasa los fantasmas terribles o fascinadores.

En el orden literario, conduce al eclecticismo: cada obra, cada escuela tiene algo sustancioso que ofrecer nos, una lección, un placer: tomémoslo y dejemos lo demás, como la tierra recibe el trigo, hace germinar el grano y abandona la paja. «And says nothing of the rubbish» y «no dice nada de los demás», escribe un autor.

En política, el escepticismo ha producido la doctrina liberal. Sin ella, la libertad no existiría. El liberal es un hombre tolerante, porque carece de fe dogmática, porque no tiene un sistema establecido y coherente, hecho de una sola pieza, con principio, medio y fin, es decir, con lo que generalmente se les pide a los propagandistas. Por eso los liberales son tan poco propagandistas o tienen tan poco éxito cuando hacen propaganda. Carecen del don de las afirmaciones enfáticas, no aseguran nunca que salvarán al país de un modo infalible, mediante recetas mágicas y dictadas por el Espíritu Santo a cerebros iluminados. No. Un liberal se deshonraría si tomara esa actitud o hiciera ese gesto

que consiste en alzar los ojos al cielo y permitir que sus brazos abiertos tiemblen largo rato. El liberal, en el fondo, es un escéptico, un moderado, un práctico.

Gracias a él existe la ciencia. .

La ciencia experimental es hija del escepticismo, de la desconfianza y la duda. Parece que los rusos han declarado el método experimental prejuicio burgués y están queriendo crear una ciencia proletaria, un método empapado en sentido social. Ojalá. Sería la muerte del comunismo soviético, es decir, de la tiranía dogmática más vasta y total de la historia. El comunista es, por definición, alguien incapaz de dudar de sí mismo, o, mejor dicho, de su jefe, de su dios, de Stalin. Yo no les quitaría un átomo de su fanatismo. ¡Qué experiencia tan interesante ver los resultados en la práctica y en esa escala! Después de todo ¿quién sabe?

Pero extender la tolerancia hasta los intolerantes ofrece sus peligros: pueden concluir con la libertad, con el resto de libertad humana. Sin embargo, hay que hacerlo. La ciencia no vive sino de experimentos mil y mil veces repetidos. Todo sistema político o ideológico que pretenda el monopolio de la razón e imponga creencias oficiales cierra los caminos del porvenir o deja sólo una estrechísima senda. El sabio en su laboratorio, el pensador en su gabinete deben disponer de toda la amplitud posible para contradecirse cien veces al día y renovar sus experiencias, sus hipótesis.

De este modo se han hecho los descubrimientos sensacionales que arrebatan al mundo y han converti-

do al hombre moderno algo tan distinto del antiguo. Cada retorta de ensayos necesita, además de los ingredientes químicos y como un preparado más precioso, gotas de escepticismo, moléculas de duda, signos de interrogación. La ciencia no es sino una gran pregunta perpetua que la humanidad dirige al mundo y que se dirige también a sí misma.

La afirmación y la negación, el sí y el no, he ahí los polos; entre ellos, el hombre, el filósofo, el sabio, se mueve, respira, es decir, va y viene, dudando, tanteando, preguntándose y experimentando, hasta descubrir el punto firme.

Así ha nacido la ciencia, que no habría podido brotar sino alzando la dura losa de las certidumbres primitivas, de las creencias mágicas y supersticiosas, si en seguida no hubiera luchado contra ese peso muerto con todo el vigor de la mente innovadora y revolucionaria. Porque la punta de diamante con que el rebelde perfora la coraza social es el escepticismo; sin él, cuando lo pierde, se vuelve conformista y reposa.

Así, pues, joven aspirante a pensador, aficionado a escribir, cuando Ud. oiga hablar de escepticismo, no cierre los ojos con violencia; entreábralos mejor y mire, vea.

El creyente impulsa el mundo; la fe transporta las montañas; las afirmaciones representan la fuerza, el estímulo, el motor; sí, verdad; pero el escepticismo alumbra fríamente el camino, muestra los tropiezos, marca la dirección, permite evitar el choque contra el

muro y que las montañas transportadas se desmenucen o caigan inútilmente al vacío, originando de paso una catástrofe.

En suma, el escepticismo es tan necesario como su aparente antípoda, la fe, porque constituye su complemento.

Aplicando estas ideas a la política se tiene la paz, a la literatura, la ecuanimidad, la tolerancia, el buen gusto.

Cuanto el temor de que el escepticismo propagado invada la tierra y disuelva al hombre, piérdalo Ud., joven, desengáñese. El sinónimo mejor de escepticismo es inteligencia. Con eso, Ud. verá que no hay peligro. Jamás existirá demasiada inteligencia en el mundo; las montañas de certidumbre son demasiado anchas, demasiado altas para que se desmoronen fácilmente; la llamita intelectual, en cambio, apenas está empezando, viene de ayer y ha de batirse con las potencias inmemoriales.

Y ahora, joven, examine Ud. cuanto le he dicho, analícelo. Y dude... Sólo así estará de acuerdo con Alter.